
SERMON PARA EL DIA TRES.

Lo que el pecador tiene que temer de la justicia, y qué esperar de la misericordia de Dios.

Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur; et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.

Lleguemos pues con fiada confianza al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia, y de hallar gracia para ser socorridos á tiempo conveniente.

EP. A LOS HEB. IV. 16.

No es el hombre, A. M., un ser independiente de Dios que pueda obrar el bien ó el mal sin cuidarse de la bondad ó malicia de sus actos, como por desgracia se pretende sostener por algunos en nuestros dias. Dotado de inteligencia y de libertad, puede conocer el bien y practicarlo, por mas que esa libertad quedara por el pecado en extremo debilitada é inclinada á lo malo, como dice el santo Concilio de Trento. Pero los falsos filósofos pretenden confundir la libertad esencial con la independencia viciosa y absoluta; pretenden que el hombre nazca libre, esto es, desligado de toda obligacion natural. Así se trueca la idea verdadera de la libertad por otra idea falsa, injuriosa á Dios y á la naturaleza humana. De las máximas de esta libertad, como opuesta á la verdadera y cristiana libertad, nos dice S.

Agustin que nos guardemos todos, porque promete lo que no da, por cuya razon la llaman falsa los santos, y la Sagrada Escritura nos manda apartarnos de ella.

Esta doctrina anticatólica ha sido aceptada por muchos, y con ella han aceptado todas sus funestas y deletéreas consecuencias: el pecado y el afecto al pecado; la intranquilidad de la conciencia de los individuos, y la perturbacion en la familia y en las sociedades; ese lamentable estado de agitacion, de funestos presentimientos y de hondo malestar de que os hablaba ayer, en que se halla el pecador, luego que abusando de su libertad, don el mas precioso de Dios, porque es el origen del mérito, ha quebrantado gravemente la divina ley, enemistándolo con su Dios y poniéndolo en abierta contradiccion con sus hermanos y hasta consigo mismo. Y para que nada faltase al cuadro espantoso de sus desventuras, esa doctrina de la independencia absoluta lo lleva hasta convencerse de que sus indiscretas apostasias y rebeliones contra los mandamientos del Altísimo, han de quedar impunes.

Necesario es, A. M., que en este dia nos ocupemos de meditar la resolucion que el pecador debe tomar, atendido el estado miserable en que se encuentra; porque cierto es «que la tierra está desolada porque no hay quien medite en su interior.» La soñada independencia de que venimos ocupándonos, no puede discutirse, ni mucho menos admitirse. El Profeta de los Salmos exclama en uno de ellos de esta manera: «Tú, Señor, me examinaste y me conociste. Has entendido de lejos mis pensamientos, y has investigado mis caminos. ¿Adónde me escaparé de tu Espiritu, y adónde huiré de tu presencia? Si subiese al cielo, Tú allí estás; si descendiese al infierno, estás presente; y dije: tal vez me cubrirán las tinieblas; pero la noche misma será la que descubra mis excesos en medio de ella.» Hay, pues que pensar en dos verdades importantísimas que la religion nos enseña, y de las

que el pecador tiene necesidad de ocuparse con seriedad para su enmienda: el temor que inspira la justicia de Dios, la esperanza que comunica su infinita misericordia. Estas verdades terribles y consoladoras á la vez, cierran la puerta á las necias rebeliones del pecador que niega la intervencion divina en sus pensamientos, en sus palabras, en sus deseos y en sus actos; y al mismo tiempo ¡qué perfectamente prepara su alma para reconciliarse con su Dios! El temor y la esperanza son dos elementos de justificacion de qué no puede prescindirse, y para alcanzar uno y otro sentimiento, cuenta desde luego el pecador con un recurso poderosísimo; con la proteccion de la Santísima María, quien además de llamarse «Madre del amor hermoso,» se ofrece tambien á nuestra consideracion para alentarnos en el camino de nuestra conversion, como «Refugio de pecadores, Madre del temor saludable y de la santa esperanza:» *mater timoris, et sanctæ spei*. Examinemos, H. M., con la posible brevedad lo que el pecador tiene que temer de la justicia de Dios que ha de juzgarlo; lo que tiene que esperar de la misericordia de Dios para obtener su perdon. Recibamos bajo la proteccion de María Santísima estas saludables inspiraciones, acercándonos llenos de confianza al trono de su gracia para alcanzar esta y la misericordia que necesitamos en tiempo oportuno:» *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno*. Pero antes intereseamos su benditísimo corazon á fin de que nos obtenga las luces del Espiritu Santo, para hacer con fruto nuestra meditacion sobre esta materia, saludándola con el arcángel S. Gabriel.

▲ VE MARIA.

I.

2 Al hablaros, A. H. M., del temor de que debe estar poseido el pecador en el estado de miseria y de degradacion

en que lo han constituido sus culpas, hay necesidad de dar nociones claras de ese temor para conservarlo en nuestros corazones, y conservar con él la obra importantísima de nuestra justificacion. Hay pues un temor servilmente servil, como lo llaman los teólogos, que es vicioso porque deja en el corazon el afecto al pecado, del cual habla S. Pablo cuando dice que este es el carácter de los esclavos, que no se abstienen del pecado sino en virtud de los castigos temporales. Hay otro temor simplemente servil que destierra el pecado y todo afecto á él, á fin de evitar el castigo; y este es útil y loable; del cual dice el Concilio tridentino que «excluye la voluntad de pecar, y encierra la esperanza del perdon, y no solo no hace al pecador hipócrita y mas criminal, como afirmaba erróneamente Lutero, sino que es un don de Dios, y un impulso del Espiritu Santo que dispone al pecador á la justificacion:» *quo pœnitens adjutus viam sibi ad justitiam parat*. Y por último, hay un temor que se llama filial que es inseparable del amor de Dios, pues hace renunciar al pecado por amar á este Señor.

Ahora bien; el pecador, si ha de comenzar la enmienda de su vida, necesita al menos ese temor que excluye la voluntad de pecar, y que entraña la esperanza del perdon, y con él se dispondrá para justificarse. Para concebir ese temor saludable, tiene necesidad de saber lo que ha de temer de la justicia de Dios, y sabiéndolo no podrá menos de temer santamente á este Señor. El pecador, sin duda, no sabe, ó ha llegado á olvidar néciamente, que Dios es infinitamente poderoso, y puede castigar su pecado; que es infinitamente sabio, y conoce toda la malicia del pecado; que Dios es infinitamente santo, y quiere castigar el pecado segun toda su malicia. ¡Qué motivos tan poderosos para temerle! y temiéndole ¡qué seguro camino para la enmienda de la vida! Empezando este camino, seguramente la Santísima María nos acompañará en él.

Con efecto, A. H. M.; el hombre al concebir y cometer su pecado, ha llegado á desconocer el poder soberano de Dios; pretende en su delirio emanciparse de su autoridad omnipotente y divina, y al negar sus adoraciones á Aquel «á quien solo debe adorar y servir,» se hace esclavo é idólatra á los dioses que sus pasiones han creado. ¡Ah! esas mentidas deidades semejantes son á aquellas estatuas de que nos habla el profeta Jeremías formadas del leño de los bosques, á las que se adorna con plata y con oro, y que se acoflan con clavos y con martillos para que no se descompongan *clavis et maleis compegit, ut non dissolvatur*. «No les temáis, dice, porque ni pueden hacer mal ni bien. No hay semejante á tí, Señor; grande eres tú, y grande tu nombre en fortaleza. ¿Quién no te temerá, oh rey de las naciones? *quis non timebit te, ó rex gentium?* A su indignacion se estremecerá la tierra, y no sufrirán las naciones su amenaza. Decid, pues, á los que os quieran persuadir que adoreis sus ídolos: Los dioses que no hicieron los cielos y la tierra, perezcan de la tierra y de lo que está bajo del cielo. El que ha hecho la tierra con su fortaleza, compuso el mundo con su sabiduría, y extendió los cielos con su prudencia. Cosas vanas son los ídolos y obra digna de risa; en el tiempo de su visitacion, perecerán los idólatras junto con sus ídolos. ¿Quién no te temerá, oh rey de las naciones:» *quis non timebit te, ó rex gentium?*

Esta doctrina celestial, que revela el poder de Dios en el castigo de los pecadores, la vemos confirmada por nuestro Señor Jesucristo en el testamento nuevo, para inspirarnos el temor santo que debemos á Dios. «No temáis, dice á sus discípulos, á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede lanzar el alma y el cuerpo en el infierno:» *sed potius timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam*. El poder de los hombres, A. M., podrá si se quiere inspirarnos temor respecto á los ma-

les que puedan inferir á nuestro cuerpo. Pero el poder de Dios se estiende infinitamente mas allá, porque llega á destruir la parte menos noble de nuestro ser, y tambien el alma que la vivifica, lanzar á uno y á otra en lo profundo de los abismos, y esto es un verdadero motivo de temor para el pecador: *sed potius timele eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam*. Hé aquí porqué aun los mismos condenados en el infierno, recordando el supremo poder de la majestad de Dios, y reconociéndole en aquel lugar de sempiterno horror en que se hallan, no pueden menos de temblar y estremecerse, segun nos ha dicho el apóstol Santiago: *dæmones credunt, et contremiscunt*.

Empero si al menos nuestro Dios no conociera la malicia del pecado, ese poder infinito que tiene para castigarlo sería menos terrible. Sin duda por admitir esta hipótesis, tan absurda como injuriosa á Dios, el pecador pretende tranquilizarse en su pecado y desterrar de su alma el temor que turba incesantemente su conciencia. Y es así en efecto, M. H.; una prueba de ello nos ofrece el santo rey David en el Salmo XCIII cuando dirigiéndose á Dios le dice: «los pecadores, Señor, abatieron á tu pueblo, y maltrataron á tu heredad; mataron á la viuda y al extranjero, y á los huérfanos quitaron la vida; y entonces dijeron: no lo verá el Señor, ni lo sabrá el Dios de Jacob: *Non vedebit Dominus, nec intelliget Deus Jacob*.» Y ese mismo profeta apostrofa á los pecadores con estas palabras llenas de energía: «Entended insensatos del pueblo, y vosotros, necios, entrad una vez en cordura. El que plantó la oreja, el autor del oido, ¿no oirá? ó el que formó el ojo, ¿no verá? El que con sus castigos y correcciones enseña á los hombres como deben portarse; Aquel que es la fuente de toda ciencia, y conoce los pensamientos de los hombres ¿no ha de reprender ni castigar? *¿qui corripit gentes non arguet?* Si, el Señor les retornará el castigo que merece la iniquidad de ellos, y en su malicia los destruirá; los

destruirá el Señor Dios nuestro:» *et in malitia eorum disperdet eos, disperdet illos Dominus Deus noster.*

Sepan pues los pecadores todos de la tierra para su confusión, y para su enmienda, y sepamos todos, A. H. M., que S. Pablo ha dicho: «que no hay criatura alguna que esté encubierta en la presencia de Dios, y que todas las cosas están desnudas y descubiertas ante sus ojos:» nuestros pensamientos y nuestros afectos; nuestros deseos y nuestras inclinaciones, nuestras virtudes y nuestros pecados: *omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus.* Y si la presencia de un monarca de la tierra, de un padre, de un maestro, nos inspira un temor respetuoso, por que ven nuestros actos exteriores, ¿por qué H. M., el pecador dice, como leemos en el Eclesiástico: «¿Quién me vé? las tinieblas me rodean; y las paredes me encubren, y ninguno me está mirando? ¿á quién temeré? *quem vereor;* el Altísimo no se acordará de mis delitos. Y no conoció que los ojos de Dios son mucho mas claros que el sol, que registran los caminos de los hombres y lo profundo del abismo, y que ven los corazones de los hombres hasta los senos mas ocultos:» *et hominum corda intuentes in absconditas partes.*

Mas no es esto solo, M. A.; siendo Dios, además de poderoso y sábio, infinitamente santo quiere castigar toda la malicia del pecado que tan directamente se opone á su santidad, y este es otro verdadero motivo del temor del pecador. Que Dios es santo no necesita probarse; si no fuera dejára de ser Dios; y porque es santo y santísimo ama la justicia: *justus Dominus et justitiam dilexit.* Este pensamiento nos hace comprender sin género alguno de duda que la santidad infinita de Dios está reñida, como no puede menos de estarlo, con la malicia del pecado; que entre esta degradacion del hombre, y aquella sublime perfeccion de Dios hay una oposicion tan esencial y directa que lo lleva á castigar el pecado donde quiera que lo encuentra, y de los diversos modos que su justicia le inspira.

Meditad un momento sobre estas verdades, A. M., y vereis al Señor castigando con el destierro y con la muerte, y la muerte eterna la desobediencia de nuestros primeros padres en el paraíso; la malicia de sus hijos que han corrompido sus caminos castigada con las aguas del diluvio universal; su soberbia edificando una torre que tocase hasta el cielo, confundiendo sus lenguas, y dispersándolos por las llanuras de Senaar. Vereis á nuestro Dios, cuya indignacion es tanta por el pecado, que hace que los súbditos sufran el castigo de los pecados de sus principes, los hijos los de sus padres, las familias y las sociedades el que merecieron los pecados del jefe que los debia gobernar y dirigir. Vereis los pueblos y los imperios asolados por el hambre, por las guerras, por las epidemias, por las disensiones politicas, y por tantos otros castigos que revelan cuanto aborrece el Señor la iniquidad. Y como si todos estos castigos temporales no fueran bastantes para inspirar al pecador el temor de su eterna é inexorable justicia, pensad un momento siquiera sobre la muerte eterna, sobre la privacion de la vista de Dios para siempre, y sobre los tormentos imperecederos que los réprobos padecen en el infierno, y medid, si podeis, toda la estension de la justicia de Dios que tanto debe hacer temer al pecador.

Mas para que este temor sea provechoso hay necesidad de pensar tambien lo que el pecador debe esperar de la misericordia de Dios.

II.

El Espíritu Santo lo ha dicho, M. A. H.; «los que temen al Señor esperaron en el Señor.» Esta verdad consignada en el libro sagrado de los Salmos, no la aceptan ciertos filósofos, pues creen incompatible el temor de Dios, de que acabo de hablaros, con la esperanza cristiana que nos inspira la di-

vina misericordia. Yo bien sé que el temor excesivo y absolutamente servil que os indiqué en un principio, no puede cohonestarse con la esperanza. Mas aquel temor filial que nos aleja del pecado porque desagrada á Dios; aquel temor que nos hace evitar las ocasiones de cometerle y tomar precauciones contra nuestra debilidad, lejos de contradecir la esperanza en la divina misericordia la fortifica porque la pone á cubierto contra los embates de la presuncion humana, y contra los horrores de la desesperacion, ambas enemigas declaradas de la esperanza, «en la que hemos sido hechos salvos» como dice S. Pablo.

En esta inteligencia ¡cómo se dilata el corazon del pecador que, temiendo santamente á Dios, medita en los motivos de la esperanza, virtud sublime que nos hace esperar de Dios con confianza el auxilio de la gracia en esta vida y la eterna felicidad en la otra! Esos motivos son la bondad y misericordia divinas calcadas precisamente en la paciencia con que cufre al pecador, y en la diligencia paternal con que lo busca. ¡Dichosos nosotros, A. M., si no abusamos de esa paciencia, y no nos sustraemos con nuestras resistencias á sus divinos llamamientos y á la solicitud con que nos busca para perdonarnos!

Que nuestro Dios es paciente con el pecador, lo vemos consignado en nuestros libros santos. El apóstol S. Pedro nos ha dicho así: «el Señor espera con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan á penitencia; tened por salud la larga paciencia de nuestro Señor» que da mas tiempo á los pecadores para que se conviertan y vuelvan á Él: *Domini nostri longanimitatem salutem arbitremini*. ¡Ah! ¿y quién ha podido dudar de esta verdad que tan perfectamente revela la misericordia infinita de nuestro buen Dios que «no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta de sus torcidos caminos y viva? ¡Cuántos días! ¡cuántos meses! ¡cuántos años!

tal vez han trascurrido desde el momento en que el pecador, olvidado de lo que debe á su Dios, quebrantó su ley santa! y sin embargo, ¡todavía hoy no ha sentido los rigores de su eterna justicia! ¡Cómo brilla en esta admirable economia de su paternal providencia «su misericordia que llena toda la tierra» para inspirar al pobre pecador la esperanza de su salvacion! Apesar de las repetidas ingratitudes con que corresponde á las gracias con que Dios lo ha favorecido, y de las insensatas rebeliones con que cien veces se ha sublevado contra su Criador y Señor; á despecho de la gravedad de sus culpas que, con el cielo, la tierra y el infierno, alzan su grito pidiendo venganza, el Señor, lejos de fulminar los rayos de su justicia, cuyos fueros tan gravemente ha lastimado el pecador, sufre los desórdenes de este con infinita paciencia, y le hace ostensibles los admirables ruegos de su misericordia, esperándole una vez mas para otorgarle su clemencia y sus perdon.

Desgraciado hermano mio, que has violado tantas veces los divinos mandamientos, y que otras tantas has abusado torpemente de los auxilios que nuestro Dios te ha concedido ¡asi menosprecias las riquezas de su bondad, y paciencia y longanimitad!» *an divitias bonitatis ejus, et patientie, et longanimitatis contemnis*. «¿Pretendes tu ser malo, te diré con un espositor de estas palabras de S. Pablo, porque Dios es bueno, y abusando del exceso de su bondad y de su paciencia, sigues ofendiéndole, y no te cuidas de convertirte á Él de todo tu corazon, sabiendo que te espera, que te llama, que te convida á penitencia?» ¡Ah! no digas por Dios, llevado de una vana confianza para pecar con mayor libertad, «no digas: pequé ¿y qué adversidad me ha venido? por que el Altísimo aunque sufrido y paciente da el castigo que se merece: *Attissimus enim est patiens redditor*. No digas: la misericordia del Señor es grande; tendrá piedad de la muchedumbre de mis pecados, porque su ira está pronta, como